



Introducción al Aprendizaje Dialógico desde la Razón Pedagógica

Milton Fernando Trujillo Losada

En los debates contemporáneos sobre educación reaparece con fuerza una preocupación fundamental: ¿Qué racionalidad está orientando hoy nuestra práctica pedagógica? Buena parte de las políticas educativas, los discursos de modernización escolar y, en general, las reformas que atraviesan nuestras instituciones, han consolidado dos tendencias que considero profundamente problemáticas: una racionalidad instrumental que reduce la docencia a procedimientos y formatos, y una racionalidad burocrática que consume el tiempo pedagógico y ahoga la reflexión sobre el sentido de lo que hacemos. En ambos casos, el maestro termina desplazado del centro de la acción educativa, y la enseñanza se vuelve un ejercicio técnico-administrativo que se aleja de su misión ética, intelectual y social.

Frente a ese panorama he planteado, en mis investigaciones recientes, la necesidad de recuperar la Razón Pedagógica como fundamento de la formación docente. Esta categoría articula tres saberes que no pueden seguir fragmentados: el saber práctico, que nace de la experiencia situada en el aula; el saber profesional, que vincula teoría, investigación y análisis crítico; y el saber pedagógico, que aporta la orientación ética, humanizadora y transformadora de la acción educativa. Sin esa articulación profunda, la docencia se convierte en un ejercicio técnico incapaz de comprender la complejidad social, cultural y humana que habita las escuelas.

En esa búsqueda por resignificar la acción docente, aparece una propuesta que ha demostrado, en distintos contextos y con resultados ampliamente documentados, su capacidad para transformar no solo el aprendizaje, sino también las relaciones, la convivencia y la cohesión comunitaria: el Aprendizaje Dialógico. Lo que quiero desarrollar aquí no es una explicación técnica del modelo, sino una lectura situada desde América Latina, vinculada a mi propio trabajo sobre la relación teoría-práctica, y orientada a mostrar por qué el Aprendizaje Dialógico constituye hoy un horizonte epistemológico y pedagógico indispensable para la educación contemporánea.

La historia de este enfoque es, en sí misma, profundamente pedagógica. En 1979, en el barrio obrero de La Verneda-Sant Martí, en Barcelona, un conjunto de vecinos, muchos de ellos con trayectorias escolares interrumpidas, decidieron crear una escuela de personas adultas en un contexto marcado por la pobreza y la exclusión.

Contra todo pronóstico, esas mismas personas comenzaron a leer, comentar y disfrutar obras consideradas “de alta cultura”: Kafka, García Márquez, Joyce, Lorca. Lo hicieron sin mediaciones paternalistas, sin simplificaciones didácticas ni materiales “adaptados”: lo hicieron desde el diálogo igualitario, la construcción colectiva de sentido y el deseo de acceder a la cultura universal. Esa experiencia, documentada por Ramón Flecha y posteriormente estudiada por el Centro de Investigación CREA, desmontó las teorías reproductivistas que dominaban la sociología de la educación y demostró que la escuela no está condenada a reproducir desigualdades: puede transformarlas.

A partir de esa experiencia se formuló la teoría del Aprendizaje Dialógico, que concibe el aprendizaje como un proceso profundamente social, mediado por interacciones, argumentos y vínculos. La educación, desde esta perspectiva, no es la transmisión lineal de información, sino la construcción colectiva de conocimiento en condiciones de diálogo igualitario. No es casual que autores como Vygotsky, Mead, Freire, Habermas y Gadamer aparezcan como pilares de este enfoque: todos coinciden en que la comprensión, el desarrollo y la identidad se construyen con otros, y que el habla, la argumentación y la escucha constituyen la base misma del pensamiento.

Desde Vygotsky sabemos que las funciones psicológicas superiores se originan primero en la interacción social y luego se internalizan. Esto implica que la escuela no puede limitarse a presentar contenidos: debe crear las condiciones para que los estudiantes participen en interacciones que amplíen su Zona de Desarrollo Próximo, que expandan sus posibilidades actuales y los conduzcan a aprendizajes que no podrían alcanzar solos. Desde Mead comprendemos que las expectativas que circulan en un entorno —miradas, gestos, palabras, silencios— configuran la identidad de quienes aprenden. Escuelas que naturalizan la categoría del “rezagado” o del “débil” perpetúan la profecía autocumplida; escuelas que construyen expectativas altas y solidarias activan procesos de crecimiento intelectual y emocional que transforman vidas. Y desde Paulo Freire aprendemos que el diálogo no es una técnica, sino una postura ética frente al otro: un modo de relacionarnos donde nadie educa a nadie y todos nos educamos en comunión, a través de la palabra compartida.

En mi propia investigación sobre formación docente he sostenido que el diálogo freireano, enriquecido con la racionalidad comunicativa de Habermas y la hermenéutica de Gadamer, constituye un fundamento indispensable para la docencia como ejercicio interpretativo, ético y político. El maestro, desde la Razón Pedagógica, no es un aplicador de técnicas ni un ejecutor curricular: es un mediador de voces, un intérprete de contextos y un generador de horizontes de sentido. Su tarea no se reduce a enseñar contenidos, sino a organizar interacciones que posibiliten la construcción colectiva de conocimiento.

El Aprendizaje Dialógico traduce estos principios en prácticas concretas. Sus siete principios —diálogo igualitario, inteligencia cultural, transformación, dimensión instrumental, creación de sentido, solidaridad e igualdad de diferencias— no constituyen un listado metodológico, sino una epistemología de la interacción educativa. En otras palabras: definen las condiciones en las que una interacción produce aprendizaje y aquellas en las que lo obstaculiza. Esto es fundamental para la formación docente, pues permite comprender que la calidad del aprendizaje depende de la calidad del diálogo, de las expectativas compartidas, de la solidaridad cognitiva y del reconocimiento mutuo entre estudiantes, docentes y comunidad.

Ahora bien, uno de los aportes más relevantes del Aprendizaje Dialógico —y que conecta directamente con la necesidad de formar docentes críticos— es

la distinción entre evidencia científica y evidencia científica de impacto social. No basta con que una estrategia educativa esté documentada o publicada; en educación se publican miles de artículos al año y no todos contribuyen a mejorar el aprendizaje. Las actuaciones educativas de éxito se reconocen porque cumplen cuatro criterios exigentes: están basadas en investigación científica rigurosa, han demostrado mejoras educativas y sociales en la práctica, pueden ser transferidas a distintos contextos y han sido validadas por la comunidad científica internacional. El proyecto europeo INCLUDED, financiado con el mayor presupuesto asignado en la historia de la Unión Europea para investigación en educación escolar, identificó seis actuaciones que cumplen esos criterios. Estas actuaciones —grupos interactivos, tertulias literarias dialógicas, participación educativa de la comunidad, formación de familiares, biblioteca tutorizada y el modelo dialógico de prevención y resolución de conflictos— han mostrado su efectividad en más de veinte países, entre ellos Colombia.

Estas actuaciones funcionan porque no se centran en “hacer actividades”, sino en transformar el ecosistema de interacciones. Los grupos interactivos, por ejemplo, reorganizan el aula para multiplicar interacciones de alta calidad entre estudiantes y adultos. Esta disposición rompe con la lógica del agrupamiento por niveles, que la investigación ha demostrado que profundiza las brechas y reduce las oportunidades de quienes más apoyo necesitan. En los grupos interactivos, la heterogeneidad se convierte en potencia pedagógica: los estudiantes avanzados refuerzan su aprendizaje al explicar; quienes necesitan apoyo comprenden mejor al recibir explicaciones múltiples; y el docente asume un rol más sofisticado, orientando la dinámica, cuidando el clima emocional y generando condiciones para que todos aprendan más.

Las tertulias literarias dialógicas, por su parte, constituyen quizá una de las experiencias más poderosas para la formación del pensamiento crítico.

Lejos de considerar que los “clásicos” no son accesibles para los niños o para estudiantes con dificultades, las tertulias demuestran que, cuando se habilita un diálogo igualitario, cualquier persona puede leer, interpretar, argumentar y disfrutar textos de enorme complejidad. Se democratiza, así, el acceso a la cultura universal; se fortalece la argumentación; se amplían los horizontes simbólicos; y se recupera la dimensión estética del aprendizaje, tan

necesaria en tiempos donde la escuela parece organizada únicamente para responder a pruebas estandarizadas.

Las demás actuaciones —la participación de la comunidad, la formación de familiares, la biblioteca tutorizada y el modelo dialógico de convivencia— comparten esta lógica: ampliar las interacciones, fortalecer el sentido comunitario, elevar las expectativas, y construir una cultura escolar donde todos —docentes, estudiantes, familias y voluntarios— aportan inteligencias, saberes y experiencias. Lo que se transforma no es solo el rendimiento académico, sino la vida emocional de la escuela, la confianza colectiva y la dignidad de quienes participan en ella.

Los resultados son contundentes. En México, Colombia, Brasil, España y Chile, las evaluaciones externas muestran reducciones radicales en los niveles insatisfactorios de lectura y matemáticas, así como disminuciones significativas en conflictos escolares, violencia y acoso. En Colombia, experiencias como la Escuela Monteloro han mostrado que es posible pasar, en un año, de más del 45% de estudiantes en nivel insuficiente a menos del 10%. Y lo más relevante: estas transformaciones se logran sin aumentar recursos económicos, sin infraestructuras sofisticadas y sin alterar el currículo oficial. Lo que cambia es la manera de entender la enseñanza y la interacción.

Este punto me lleva de nuevo a la formación docente. El Aprendizaje Dialógico exige un profesional con tres competencias centrales: una competencia epistemológica que permita distinguir entre opinión, moda y evidencia científica; una competencia práctica-reflexiva que articule teoría y práctica desde la experiencia situada; y una competencia ética que reconozca al otro como interlocutor válido, capaz de aportar sentido, conocimiento y humanidad. El maestro dialógico se forma en y para el diálogo: argumenta, escucha, interpreta, media, cuestiona y crea.

Desde la Razón Pedagógica, esto implica que el docente no renuncia ni a su saber práctico ni a su saber pedagógico, sino que los integra con un saber profesional fundamentado. La docencia no se reduce a aplicar técnicas, sino a comprender críticamente el sentido de la acción educativa, a leer el contexto sociocultural, a decidir con criterio y a sostener el vínculo pedagógico como espacio de transformación ética y política.

Quisiera cerrar afirmando que el Aprendizaje Dialógico no es únicamente un modelo; es una manera de comprender la educación como un acto profundamente humano, donde la palabra compartida se convierte en vehículo de conocimiento, dignidad y justicia. En tiempos de polarización, violencia y fragmentación social, educar es, más que nunca, un acto de esperanza crítica. Una esperanza que no ignora las dificultades, pero que confía en la capacidad humana de dialogar, de aprender con otros y de transformar el mundo desde la escuela. Ese es, en esencia, el llamado de la Razón Pedagógica: rehumanizar la educación, recuperar su sentido y volver al corazón del vínculo que nos constituye como maestros.

Muchas gracias.